

Diciembre 2022

Palabras clave: gestión comunitaria,
economía solidaria, democratización
económica

Los efectos de la pandemia en los espacios y los proyectos que promueven la gestión comunitaria de la cultura

Santiago Eizaguirre Anglada^a

Los espacios de gestión comunitaria de la cultura son una forma particular de comunes culturales urbanos orientados a promover una aproximación participativa a la emancipación cultural, pero también son entornos muy activos con respecto a la gobernanza de ecosistemas locales en favor de la democratización económica, la resiliencia comunitaria y la educación ecosocial. En este artículo, a partir del análisis de contenido de diferentes grupos de debate llevados a cabo durante el año 2021, intentaremos comprender cómo el ecosistema barcelonés de proyectos de cooperación comunitaria en torno a la gestión de la cultura ha sufrido los efectos de la crisis desencadenada por la pandemia de COVID-19. Las propuestas que está articulando este sector pueden tener impactos en las políticas culturales, y buscan apoyarse en la construcción de un marco normativo que reconozca la gestión comunitaria legalmente e interpele también a otros ámbitos de las políticas públicas.

Introducción

Podemos considerar comunes culturales muchos elementos diferentes, por ejemplo: las costumbres, las leyes, la manera de vestir, el estilo arquitectónico, los estándares sociales, las creencias religiosas o las tradiciones. Son prácticas sociales o elementos simbólicos que tienen una vertiente pragmática, pero al mismo tiempo mucha carga ideológica, que pueden actuar como bienes comunes, que no son propiedad de nadie y al mismo tiempo son patrimonio de todo el mundo que los reconoce como tales. Bienes que son protegidos y reproducidos en la medida en que las personas que los utilizan o practican los valoran especialmente y los protegen agrupándose en torno a organizaciones e instituciones con esa finalidad. Los bienes comunes se defienden y reivindican a través de la autoorganización colectiva.

Entre los bienes comunes de tipo cultural, en la actualidad, especialmente en el contexto urbano, los espacios y los proyectos culturales de gestión comunitaria representan un sistema muy heterogéneo y rico con respecto al uso de recursos e infraestructuras materiales al servicio del acceso y la equidad en el derecho a la cultura de proximidad, Pero no solo eso, como demuestra la consolidación de la Red de Espacios Comunitarios (XEC)¹.

a. Profesor de Sociología, Universidad de Barcelona (UB). Grupo de Investigación Creativitat, Innovació i Transformació Urbana. santieizaguirre@ub.edu; [@xantieiza](https://twitter.com/xantieiza)

1. Este artículo recoge conocimiento y observaciones enmarcadas en un proyecto promovido por la Comisión de Formación y Publicaciones y la Red de Espacios Comunitarios de la Red de Economía Solidaria de Cataluña. El proyecto culmina con un libro de autoría colectiva, editado por Eizaguirre, S. y Rodrigo, J. (2022) y publicado por el editorial Icaria «Perquè tot és de tothom. Gestió comunitària de la cultura i economia solidària».

Los espacios de gestión comunitaria de la cultura tienen una fuerte carga ideológica porque al mismo tiempo invocan a sus entornos en la articulación de un movimiento sociopolítico que defiende unos valores y unos recursos muy concretos al alcance de todo el mundo y, especialmente, en contacto con el territorio, que responden a un ideario de democratización económica, transición ecosocial y de defensa del derecho a la vida y a la ciudad.

Así, podemos decir que los espacios y proyectos de gestión comunitaria de la cultura representan, por una parte, un modelo de gestión participada de los equipamientos, recursos y servicios culturales, pero, mucho más que eso: se conciben como un movimiento sociopolítico en favor de la defensa de los bienes comunes en un sentido que va más allá del ámbito estrictamente cultural. Es en ese sentido, además de representar un avance con respecto a la contratación pública en la gestión de equipamientos y servicios culturales de proximidad, los espacios de gestión comunitaria de la cultura se pueden considerar nodos de empoderamiento democrático, vitales para afrontar las múltiples crisis ecosociales que tenemos por delante.

1. El impacto de la pandemia en las prácticas de intervención cultural participativas

En un trabajo de investigación promovido por el Instituto de Cultura de Barcelona y coordinada por las cooperativas La Hidra y Artibarrí en 2018, bajo la dirección de Javier Rodrigo y Mauro Castro, se desarrolló una delimitación de la gestión comunitaria de la cultura en Barcelona que exploraba cuatro grandes áreas de atención: la cultura comunitaria, los denominados nuevos espacios de gestión comunitaria, los equipamientos de proximidad en cultura, y las fiestas populares y comunitarias. En este artículo para captar cómo la pandemia ha impactado en los proyectos de cultura comunitaria en la ciudad nos parece útil observar los dos primeros tipos o categorías identificados por ese estudio de referencia teniendo en cuenta que mencionan a dos grupos de actores muy interrelacionados y al mismo tiempo complementarios: por una parte, los profesionales del sector sociocultural y comunitario, incluidos los proyectos participativos de intervención artística, y por otra parte, las plataformas ciudadanas que promueven la gestión comunitaria de la cultura, que, en muchos sentidos, se nutren de los primeros, pero también tienen lógicas de funcionamiento propias.

Para la categoría «cultura comunitaria», que sería la que interpela sobre todo a actores profesionalizados en el ámbito socioeducativo, cultural y comunitario, este trabajo de investigación realizado en 2018 recogía como ejemplos proyectos de arte con mirada participativa, como el programa *Barris en dansa*. También incluía en ese apartado iniciativas de cultura comunitaria desarrolladas a través de colectivos o asociaciones culturales, como Comusitària y Riborquestra, en el barrio de la Ribera. Muchas de estas son experiencias que responden a un modelo artístico de tipo comunitario según autorías colectivas en las que intervienen de manera directa referentes técnicos de los distritos, especialmente en las áreas de participación, juventud o educación. Las iniciativas del tercer sector en el campo de las prácticas socioculturales y las artes comunitarias, así como también los espacios de cultura comunitaria de base con fuerte arraigo en los territorios, formarían parte de este primer tipo de experiencias relatadas por Castro y Rodrigo (2018): el Fom de teatre Pa'tot'hom en el Raval o L'Automàtica en Gràcia serían ejemplos de ello. También se incluirían en este grupo de estructuras los laboratorios de cultura y ciudadanía que trabajan en el marco de equipamientos de proximidad y que desarrollan programas de mediación comunitaria insertados en el territorio y que responden a necesidades propias de generación de social, como podría ser el programa *Bon Viver de les Arts*, en Bon Pastor².

2. Castro y Rodrigo (2018) caracterizan estas iniciativas como microempresas que soportan la carga de muchas actividades distintas. Funcionan con la temporalidad de programas concretos en los que el trabajo en red con diferentes actores y el codiseño con planes de barrios integrales, de salud comunitaria o de tipo educativo, son muy variables y tienen un alto grado de adaptabilidad, resiliencia e integración en los contextos en que tienen lugar. Son experiencias que transitan diferentes ámbitos de trabajo desde la educación expandida o informal, la acción comunitaria, los temas de género, juventud, cultura o participación de una manera muy situada donde el arraigo al contexto y las prácticas concretas hacen que no respondan a un solo modelo ni se puedan transferir de manera universal. También, desde la perspectiva creativa, cuesta

La manera como el confinamiento asociado a la pandemia ha impactado en los proyectos artísticos, formativos o culturales con mirada comunitaria, especialmente con respecto a la intervención artística participativa, es análoga a la de otros sectores en los que interviene el contacto humano como elemento esencial. La distancia física impuesta por las medidas de confinamiento implicó que todas las actividades de intervención que suponían contacto y proximidad física se tuvieran que anular durante un largo periodo de tiempo. Eran muchos los festivales de pequeño formato y los ciclos de intervención artística que se celebraban antes de los acontecimientos de la primavera de 2020 que no se han reanudado una vez que se han recuperado las actividades. Un ejemplo podría ser el ciclo *Cranc* de cine experimental que había reunido, en L'Automàtica de Gràcia, público y artistas invitados en una conversación de proximidad en torno a la proyección de cine de vanguardia. En este caso, nos encontramos con los condicionantes de un local pequeño, en el que todos los espectáculos y ciclos de pequeño formato que se hacían se tuvieron que anular y, en determinados casos, no se han reanudado. Este caso concreto sería el ejemplo de un ciclo de actividad periódico en una pequeña asociación cultural e imprenta comunitaria. L'Automàtica, como entidad de fomento de la cultura impresa, las artes gráficas y la experimentación audiovisual ha recuperado la actividad en muchos otros sentidos, pero por el camino ha perdido alguno de los ciclos y actividades de referencia que habían sido clave para darse a conocer.

2. El reconocimiento de los profesionales de la acción comunitaria

Otra manera de pensar en los efectos de la pandemia en el sector de la intervención cultural y sociocomunitaria es observar cómo la acción sociocomunitaria desde una perspectiva profesional vivió el confinamiento y la situación de excepción sociosanitaria consecuente. Las asociaciones de articulación de los trabajadores del sector de la acción comunitaria tuvieron un primer momento de visualización pública en junio de 2020, con la publicación del manifiesto #AccioComunitariaARA promovido por varias asociaciones de profesionales del sector socioeducativo y sociocomunitario³. En este se ponía de manifiesto la alerta de los profesionales del sector ante el riesgo del auge de discursos xenófobos, las violencias machistas y la vulneración de los derechos fundamentales derivadas de las medidas de aislamiento físico y control sanitario de la pandemia. También la demanda de más recursos financieros públicos para hacer frente, mediante programas, acciones y proyectos concretos, a las consecuencias de la crisis y la necesidad de paliar los déficits por lo que se refiere a la solidaridad, las redes de apoyo mutuo, la cohesión social urbana o las dinámicas de convivencia.

«(...) Para paliar esta crisis es necesario reforzar, ampliar y crear acciones y proyectos que faciliten la toma de conciencia y el compromiso colectivo con el fin de seguir poniendo en práctica, ahora más que nunca, la solidaridad, las redes de apoyo emocional y la cohesión y la convivencia, y dibujar, así, un nuevo marco de relaciones más justas y significativas entre todo lo público y común.» (Manifiesto #AccioComunitariaAra)

En noviembre de 2020 la Red de Espacios Comunitarios organizaba una sesión de trabajo en línea entre diferentes profesionales involucrados en casales de barrio que se identificaban con el marco de la acción comunitaria. Alrededor de veinte trabajadores de entornos identificables como casales de barrio, puntos Omnia, pero también representantes de entidades vecinales de gestión comunitaria, se reunían en línea para discutir varias cuestiones con carácter de urgencia. El contexto normativo era de excepción sociosanitaria y el punto central del orden del día de la sesión giraba en torno a las limitaciones de actuación que planteaba el PROCICAT en su actuación diaria. Uno de los problemas de fondo de la gobernanza de la cohesión social en la

presentarlos como productos y van más allá de la existencia de un público destinatario. Son, por lo tanto, más bien procesos comunitarios y creativos que proponen contenidos, formas y relaciones que pueden llegar a dotar de sentido y pueden generar dinámicas en torno a los equipamientos culturales de proximidad o de manera autónoma en estos.

3. Este manifiesto tuvo una réplica en el ámbito español, promovido por la Red de Espacios y Agentes de Cultura Comunitaria (2022), el «Manifiesto en defensa de la cultura comunitaria, sus gentes y sus espacios».

ciudad es la falta de referentes claros en el campo social y mediático sobre la tarea concreta de los trabajadores comunitarios. Un problema grave con manifestaciones muy concretas en forma de precariedad y vulnerabilidad laboral en todo el sector de la acción comunitaria, condicionado porque no está encuadrado orgánicamente dentro del sistema público de servicios sociales.

La acción comunitaria se encuentra en una zona de grises (o en tierra de nadie) entre los servicios y recursos públicos (representados por los trabajadores sociales, los técnicos de la administración o los centros de asistencia primaria), y los procesos de autoorganización, apoyo mutuo y resiliencia ciudadana de los movimientos vecinales. Los trabajadores del sector sociocomunitario ya están acostumbrados a tener que combinar sombreros a veces contradictorios entre la acción profesional articuladora de políticas públicas y la acción directa de militancia vecinal. Durante el confinamiento por la pandemia esta complementariedad se vio condicionada.

(...) como si tuviéramos la sensación de que suplíamos el papel de la Administración, facilitábamos todo ese apoyo, esa ayuda, ese hacer circular la información, ese poder acceder a lugares, a elementos a los que no podíamos acceder porque la Administración cerraba puertas. Todo lo que supusiera acceder a una trabajadora social era difícil, ya sea porque se necesitaba cita previa, una cita previa a través de una aplicación que era muy complicada... En ese sentido, podemos decir que la Administración se ha olvidado de la población silenciada, y eso es grave. (Amanda Canals, trabajadora de la Escuela comunitaria de formación de personas adultas – La Troca – Escuela de verano de la XES, junio de 2021).

Durante los meses que siguieron el confinamiento más duro, y a medida que los equipamientos culturales de proximidad abrían sus puertas, de manera progresiva, recuperando la normalidad de manera más lenta que otros sectores, el ámbito profesional de la acción comunitaria, por condiciones laborales más vinculado al tercer sector que a la administración pública, vivió de manera acentuada los dilemas de una falta de referentes claros. Cuestiones técnicas, vinculadas a la urgencia del momento, sobre cómo era posible saltarse las restricciones de distanciamiento físico aprovechando algunos silencios administrativos emergieron en la acción diaria de los trabajadores comunitarios.

«[...] Muchas actividades, lo íbamos comentando con el distrito y nos decían que no... [...] Entonces te das cuenta de que quizá mejor pedir perdón que pedir permiso (...) ¿por qué se pueden practicar deportes federados, pero no celebrar actividades sociocomunitarias o culturales?» (Grupo de debate entre trabajadores comunitarios, noviembre de 2020.)

También durante el estado de excepción emergió esta desviación en las condiciones de trabajo entre la red pública de servicios sociales y el trabajo externalizado en el tercer sector a partir de planes de acción comunitaria. La falta de coordinación entre trabajadores sociales y trabajadores comunitarios, y el hecho de que socialmente (política y mediáticamente) existe un desconocimiento profundo de qué es la acción comunitaria y el papel que tiene en el fortalecimiento del tejido social local. La identificación de esta necesidad en el ámbito político se pone de manifiesto en la aprobación, por parte del Parlamento de Cataluña, en diciembre de 2020, de un nuevo Plan estratégico de servicios sociales (2020-2024), con una dotación que el consejero de trabajo, acción social y familias calificó de «más preventiva y más social» (ACN, 2020). Para el periodo 2021-2022, este plan destina 62 M de euros a acciones que convergen con este enfoque más comunitario de los servicios sociales.

(...) convocatoria a entidades sin ánimo de lucro que desarrollen proyectos en ámbitos como la atención a la infancia y la adolescencia, el asociacionismo, la atención a la inmigración, la lucha contra la violencia machista, la igualdad de derechos, la educación en el ocio, la atención a familias en situación de vulnerabilidad, el sinhogarismo o las personas mayores, entre otros. (Agencia Catalana de Noticias, 2020)

Es significativo señalar también la función de este grupo de profesionales como termómetros del aumento de las desigualdades sociales y de la detección de los problemas en la equidad y el acceso a los servicios públicos. A partir del contacto directo con los sectores de población que se han quedado atrás en el proceso de digitalización acelerado asociado a la pandemia, muchos trabajadores del programa de puntos OMNIA de acceso a las nuevas tecnologías, por ejemplo, destacan que durante el estado de emergencia se priorizaron los programas educativos orientados a las escuelas por parte de esta Red de equipamientos de proximidad de la Generalitat, y se dejaron de lado a otros grupos de población en situación de exclusión ante la brecha digital.

3. La reacción del movimiento en favor de la gestión comunitaria de la cultura

La visibilización del movimiento en favor de la gestión comunitaria de la cultura se puede situar entre dos momentos. Entre los años de la cristalización de muchas luchas sociales y vecinales exacerbadas por la crisis de 2008, articuladas en malestar colectivo en torno al movimiento del 15-M, y el impacto de la crisis socioeconómica y ecológica todavía por asumir en muchos sentidos, destapada por la sindemia⁴ a partir de 2020. Nos situamos en un contexto que está relacionado, de una manera más o menos clara, con los límites del crecimiento económico capitalista, la crisis climática y la escasez de recursos energéticos. En este contexto, en un ámbito muy local, varios proyectos de vecindad autoorganizada en torno a la promoción de respuestas por la superación de la desigualdad y la exclusión social han hecho frente, también, a la poliédrica naturaleza de los retos contemporáneos con iniciativas culturales arraigadas a una realidad desigual marcada por la incertidumbre y la volatilidad. Así, podemos entender los espacios de gestión comunitaria en torno a proyectos culturales como dinámicas autoorganizativas de repensamiento colectivo ante una realidad marcada por una multiplicidad de frentes críticos. Para resumir una postura común, podemos decir que son todas experiencias culturales que se vinculan a una visión ecologista y feminista del desarrollo económico. Unos referentes conceptuales con los que podemos sintetizar las líneas ideológicas del movimiento sociopolítico en torno a la gestión comunitaria. Un espacio que apuesta por crear alianzas decrecentistas y pone el acento en la autonomía local y la democratización económica como motivos centrales de las prácticas culturales.

En el trabajo de investigación promovido por el ICUB, La Hidra y Artibarri (2018) antes mencionado, se destacan como segundo grupo de actividades incluidos como referentes en la comprensión de la gestión comunitaria de la cultura como «nuevos espacios de gestión comunitaria». Entre estos, se mencionan el casal de barrio de la Prosperitat; el casal de Font d'en Fargues; la Casa Orlandai, en Sarrià; Ateneu l'Harmonia, en Sant Andreu; el casal del Pou de la Figuera, en el barrio de Sant Pere y Santa Caterina; la Farinera del Clot; Can Batlló y la Lleialtat, en Sants, entre otros, que han desencadenado un movimiento que ha hecho que la Administración Municipal reconociera las plataformas ciudadanas de base local como agentes soberanos que aportan un valor añadido clave en el liderazgo de equipamientos culturales. En este sentido, los acuerdos de gestión ciudadana de equipamientos culturales identifican en Barcelona una manera de hacer cultura de proximidad en que las comunidades locales se implican en la producción y la gestión de contenidos promoviendo prácticas culturales democratizadoras. Asimismo, fuera de Barcelona, experiencias como las de la Coma-Cross, de Salt; Can Sempere, de Premià de Mar o Ateneu Candela, en Terrassa, en diferentes momentos de madurez organizacional y con diferentes grados de institucionalización, reconocimiento y colaboración con el sector público, han tomado como modelo este tipo de acuerdos.

4. Según la Wikipedia, “una sindemia o epidemia sindémica es la agregación sinérgica de dos o más epidemias concurrentes o secuenciales en una población con interacciones biológicas que exacerban el pronóstico y la carga de la enfermedad. Las sindemias se desarrollan bajo las diferencias en salud de la población, provocadas por la pobreza, el estrés o la violencia estructurales, y son estudiadas por epidemiólogos y antropólogos especializados y preocupados por la salud pública, la salud comunitaria y los efectos de las condiciones sociales sobre la salud. El enfoque sindémico se aleja del enfoque biomédico de las enfermedades que aísla, estudia y trata las enfermedades como entidades diferentes separadas de otras enfermedades e independientes de los contextos sociales” (Página web consultada el 13 de abril de 2022).

(...) la gestión comunitaria debe entenderse como un movimiento político, nunca como un movimiento de gestión por delegación. La gestión por delegación la realizan empresas mediante concesiones o lo que sea, pero la única razón de ser de la gestión comunitaria es, precisamente, el hecho de que llegue allí donde la Administración no llega. Aquí es importante el conflicto, los nuevos marcos, la transformación social, y yo creo que el problema, y no disparo tanto contra la Administración, sino contra el propio movimiento, es e hay un riesgo, y la pandemia lo ha puesto de manifiesto, que, si no hay conflicto, si no hay movimiento y no hay base, la gestión comunitaria pierde su razón de ser, y a veces la gestión, y la gestión ciudadana en particular, puede dar una sensación de falso confort. [...] Solo entiendo la gestión comunitaria como un espacio emancipador de las personas y emancipador de los colectivos, porque, si no, nos convertiremos en gestores, y gestores siempre los habrá y que harán el trabajo más barato y con menos problemas. (Oriol Barba – Centro cívico Casa Orlandai)

Estos espacios se definen como «nuevos» porque dialogan con una experiencia previa de reivindicación de equipamientos para los barrios. Esta ola anterior es la de los espacios reivindicados a inicios de los años ochenta del siglo XX, fruto de reclamaciones vecinales y orientados a la oferta de equipamientos culturales varios. Con distintas formas de gestión, la Flor de Maig, la Sedeta, el Bon Pastor, el Ateneu Popular 9 Barris, las Cotxeres de Sants, Can Felipa, la Bàscula o l'Artesà de Gràcia se pueden situar cronológicamente como referentes de aquella ola anterior a la actual o «nueva» ola de reivindicación de espacios para la gestión cultural participada. Como señalan Castro y Rodrigo (2018), especialmente a partir de 2011, nos encontramos por toda la ciudad con iniciativas de recuperación de espacios con una mirada colectiva que no se queda en la reivindicación de una dotación de equipamientos, sino que quiere incidir de manera comunitaria a través de plataformas vecinales en la autonomía comunitaria para la configuración, gestión y dirección de dichos espacios. Por lo general, hablamos de iniciativas que se basan en un modelo asambleario que trabaja por comisiones, que busca generar dinámicas de gobernanza democrática internamente que impliquen un alto grado de participación vecinal, militante o activista.

4. La necesidad de proximidad en relación con la cultura

Los espacios que promueven la gestión comunitaria de actividades e infraestructuras para el empoderamiento cultural coinciden en resaltar que el desarrollo no solo es algo que se basa en el hardware, la tecnología, o la biomedicina, sino que la emancipación cultural, la gobernanza democrática y la educación a lo largo de la vida son aspectos clave del desarrollo local. La participación, sin embargo, en la gestión de actividades culturales no tiene una fórmula sencilla, ni en absoluto es fácil de replicar. Las ciudades afectadas por los procesos de mercantilización y fragmentación de las relaciones sociales son extremadamente desiguales con respecto a las prácticas participativas en cultura por parte de la población. De un barrio al otro, las capacidades cívicas y la implicación comunitaria en torno a proyectos culturales y de base pueden variar extremadamente (Barbieri, 2022). Si una cosa ha puesto de manifiesto la pandemia como fenómeno transversal, a pesar de las desiguales condiciones de vida en la ciudad, es el sentido profundo y a largo plazo que tienen los espacios que fomentan la proximidad en la relación de la población con la cultura. También su precariedad en el orden de prioridades que se dan por supuestas en una situación de emergencia.

[...] Pues, evidentemente, cultura no es un sector, cultura no es una industria, cultura es salud pública, cultura es salud comunitaria, y en la pandemia hemos patinado en ese sentido. Estamos enfermos comunitariamente y tenemos que revertir esta situación desde los equipamientos de proximidad, y creo que tenemos aquí una función que desempeñar, y pedir que la cultura tiene que ser un servicio básico que se tiene que garantizar. En este momento hay algunos equipamientos que están teniendo problemas. Es fácil recortar esta partida, y entiendo que tenemos que conseguir que la administración vea como imprescindible y como básica la cultura comunitaria a través de estos equipamientos capilares de proximidad. (Enric Capdevila – Plataforma de Gestión Ciudadana de Barcelona)

No siempre es fácil tejer los equilibrios asociativos y organizacionales que hacen posibles dinámicas culturales en favor de la democratización económica y de una gestión comunitaria de la cultura. Estos equilibrios son especialmente complejos y difíciles de mantener a lo largo del tiempo. Los ciclos de la movilización social y los de la participación ciudadana en cultura van y vienen, marcados por dinámicas difíciles de predecir como son la expresión del descontento colectivo o el impacto en el territorio de la superposición de agresiones sistémicas. Además, la participación ciudadana en la vida cultural también está condicionada por procesos biográficos, como son el momento del ciclo vital en el que se encuentran las personas. Muchas juntas de entidades culturales se encuentran con problemas para renovar cargos y contar con grupos sociales que se encuentran en las franjas de edad de tener hijos o consolidarse profesionalmente. Estas entidades se encuentran con que tienen que organizar vocalías y comisiones contando sobre todo con las horas y la militancia de personas de grupos de edad distintos a los mencionados. Si los ciclos de la participación asociativa están ya de por sí marcados por la precariedad y la inestabilidad, cuando pasamos por umbrales de excepcionalidad, la sacudida se amplifica. Acontecimientos como los asociados a la pandemia afectan de manera directa al modo como la participación popular en cultura o las formas comunitarias de vínculo democratizador local se manifiestan y se reproducen. En primer lugar, resulta interesante resaltar como la excepcionalidad de la experiencia del confinamiento se tradujo en posturas de replanteamiento personal e integral de los motivos, y la centralidad de la militancia en la vida de las personas.

(...) sí que el confinamiento ha afectado al vínculo. Nos ha afectado al vínculo con todo, al vínculo con la escuela, al vínculo con el ateneo, con el trabajo, si has podido teletrabajar... El confinamiento ha afectado al vínculo. También ha puesto la vida mucho más en el centro de lo que estaba. Yo creo que muchos de nosotros hemos podido dimensionar la vida sin estar ocho horas fuera, en el trabajo. Lo que pasa es que la vida ha tomado tanta presencia, que a veces tenías que trabajar en casa con los dos niños dentro, pero ha creado equilibrio en determinadas cosas. Entonces, sobre todo ha afectado al vínculo. El vínculo con lo social. En el vínculo con lo social la pandemia, obviamente, ha tenido un impacto. Si disminuye tu presencia física, que es lo que te hace tener compromiso con alguien, que es lo que te hace participar y estar presente, hay menos compromiso y hay menos participación. Entonces, necesitamos volver a generar experiencias colectivas a las que vincularnos. Y hasta que no podamos volver a abrir abiertamente sin historias y sin restricciones, sin citas previas, será difícil recuperar este vínculo. Paralelamente, hay mucha gente que se ha vinculado virtualmente, que es curioso, pero gente que no tenía la disponibilidad de estar presente muchas horas se ha vinculado mucho más en las reuniones en línea. (Mariona Soler – Grupo de trabajo en economía solidaria y gestión comunitaria del Ateneu Popular 9 Barris)

La manera como la pandemia ha hecho tambalear los espacios de gestión comunitaria se puede caracterizar, en términos generales, como muy negativa por la centralidad que tiene en estos el contacto estrecho entre personas, pero también hay que decir que en algunos aspectos excepcionales ha servido para replantear cosas. Como hemos visto, las prácticas de cultura comunitaria se han visto afectadas negativamente con respecto a la pérdida de la proximidad física, asociada a las medidas de distanciamiento de cuerpos y a la interrupción de muchas de sus actividades regulares basadas, precisamente, en el fomento de los vínculos de contacto estrecho. A la importancia de la proximidad física en la consolidación de las alianzas vecinales y el sentimiento de pertenencia a los espacios y los proyectos, se añade la dificultad, también, de que muchas de las actividades cotidianas se han visto suspendidas o pospuestas *sine die*. Cabe destacar que no todos los espacios de gestión comunitaria de la cultura cubren el mismo tipo de necesidades de la población de su territorio, o no todos son igual de esenciales al garantizar la existencia de espacios de encuentro desmercantilizados por parte de la población. El paro de la actividad presencial del casal del Pou de la Figuera, en el barrio de Santa Caterina de Ciutat Vella, por ejemplo, considerando las características sociodemográficas de las personas que le dan sentido a través de actividades, tiene unos efectos psicosociales que no son equiparables al paro de la actividad de un centro cívico en otro barrio de la ciudad. En este marco concreto, serían la excepción paradigmática las actividades en el exterior que pudieron burlar las medidas de

distanciamiento físico y que se vieron fortalecidas, en especial la actividad en torno a los huertos urbanos identificados como espacios verdes especialmente codiciados en los centros urbanos más densos.

(...) ¿en este inicio del confinamiento qué pasó? Que, en el momento en que prácticamente no podíamos salir de casa o podíamos salir de casa solo a hacer algunas cosas, poco a poco de una manera más regulada o más alegal, el huerto se fue convirtiendo en aquello que no podíamos tener en el casal. Es decir, ese punto de encuentro, ese punto de apoyo a las personas que necesitaban ese vínculo que no podían encontrar presencialmente con prácticamente nadie lo suplió el huerto e incrementó el nivel de participación de una manera brutal. Es decir, comprobable a través del grupo de WhatsApp que tienen de funcionamiento, pero comprobable también en el día a día. Venía más gente. Gente que decía que llevaba tiempo viviendo en el barrio que se daba cuenta de que era la parte verde a la que podía acceder viviendo en el centro de Barcelona. Fue ese reducto, pues, el que nos permitió durante la pandemia poder salvaguardar esos puntos de contacto y de relación que sentimos en el casal; y, de hecho, a lo largo de todo 2020 y cuando se relajaron un poco las medidas, seguimos no pudiendo tener el casal, porque estaba todo tan encorsetado. Nosotros no funcionamos con inscripciones, está libre circulación, lo que te decía, entonces no había esta interacción entre actividades, estos encuentros improbables que decía antes. Eso lo estamos recuperando justo ahora. Al final del curso pasado y al inicio de este... ... que están empezando a pasar las cosas que pasaban antes. El huerto ha sido, pues, un poco la salvación durante todo este tiempo. Ha crecido con muchas cosas, ha sostenido la participación. Ha incrementado la participación y, desde el punto de vista de poder encontrarse, de poder cuidarse, ha sido un tesoro. (Aidà Almiral – Casal de barri del Pou de la Figuera)

Otro efecto positivo que se ha observado en los grupos de debate en los que hemos participado se ha derivado de la digitalización a marchas forzadas de los mecanismos de gestión y coordinación de proyectos y actividades. En muchas asociaciones de tipo cívico o cultural se ha dado la paradoja de que las comisiones de trabajo en línea han comportado la identificación de rutinas obsoletas como el presencialismo y «el asambleacentrismo» de muchas de estas entidades.

5. El trabajo en red para la definición de métricas comunitarias

La literatura sobre innovación social ha promovido el uso de la expresión de gobernanza vinculada a la base (*bottom-linked governance*) para superar de arriba abajo las dicotomías de las políticas sociales urbanas, o el simplismo de solo evaluar las iniciativas de transformación social como válidas si provienen de un genuino empuje desde el suelo. Con la expresión de gobernanza «vinculada a la base» o democratizadora se pueden identificar muchos de los partenariados públicos, comunitarios y cooperativos que se han desarrollado en la ciudad de Barcelona durante la última década y que han tenido en la Plataforma de Gestión Ciudadana a su actor central. La Plataforma de Gestión Ciudadana fue creada en 2009 entre entidades vecinales implicadas en negociaciones con el Ayuntamiento para ser reconocidas como adjudicatarias de la cesión de espacios con un estatus que valorara positivamente su función crucial como entidades articuladoras de la cohesión social urbana, más allá de la simple consideración de entidades prestatarias de servicios de dinamización cultural.

[...] Entendemos gestión ciudadana porque el nombre de gestión cívica es el que utiliza el Ayuntamiento, pero es una fórmula que hace tiempo que dejamos atrás por las connotaciones que tenía con el reglamento de orden cívico. Y el tema de la gestión ciudadana es la gestión de un equipamiento o de un servicio público por parte de la ciudadanía. (...) El Ayuntamiento tiene la necesidad de etiquetar estos equipamientos. Nosotros queríamos que dichas etiquetas fueran mucho más flexibles. Hay centros cívicos, fábricas de creación, casales de barrio, casales de jóvenes, pero también hay servicios concretos, puntos de información, escuelas de personas mayores, y también hay equipamientos sectoriales como podría ser juventud, Torre Jussana, etcétera. Así, pues, es verdad que se hace gestión cívica o ciudadana en Cataluña y

en Barcelona hace muchos años, pero, de alguna manera, reglamentada en un marco normativo. En Barcelona hemos tenido la suerte de tener un paraguas desde el año 92, que es la Carta Ciudadana y que se ha ido desarrollando, y que, desde 2009 cuando se creó la Plataforma de Gestión Ciudadana, hemos entrado en una negociación con el Ayuntamiento con la que durante tres o cuatro años se consiguieron unos avances para tener un marco normativo que hace que, en estos momentos, haya más de noventa equipamientos o servicios de gestión ciudadana que están gestionando unas sesenta entidades vecinales. Este marco es precario. Por una parte, se basa en un elemento que es la conceptualización. Tenemos un documento político, después, un marco de bases y convenios de gestión ciudadana, que está facilitando que eso se desarrolle. Sin embargo, por otra parte, necesitamos de una administración que sea cómplice y que cada vez que pedimos que esta institución varíe un poco y que, en lugar de que nos tutele o nos vigile, nos acompañe en este proceso. Y tenemos que decir que en estos años hemos tratado con diferentes tipos de gobiernos y la gestión ciudadana está aceptada por diferentes colores. Aquí, en la ciudad, está garantizado; en otros lugares de España, no es el caso, y eso es una tendencia que puede cambiar, con lo cual requiere siempre una demanda, una vigilancia y una reivindicación por parte de la ciudadanía de lo que esta necesita. (Enric Capdevila – Plataforma de Gestión Ciudadana)

Con respecto a los efectos de la pandemia sobre estos espacios, hay que destacar que la situación de excepcionalidad ha resaltado la importancia de articular territorios autoorganizados, dinámicos y capaces de adaptarse a escenarios cambiantes. En esta identificación se potencia el papel que tienen en la construcción de esos entornos de gobernanza colaborativa los espacios de gestión comunitaria. Se puede afirmar que la pandemia, aunque en muchos sentidos ha dinamitado la participación de proximidad en el seno de estas instituciones de lo común, ha puesto de manifiesto la importancia de la articulación asociativa como entidades de segundo y tercer grado que en muchos casos representan.

[...] El reto que tenemos es pasar a trabajar, no en el marco del convenio y de lo que nos acota la Administración, sino en lo que el territorio necesita y quiere. Y poner al servicio del territorio los recursos y las infraestructuras personales que tenemos al alcance en el territorio. Y cada territorio tiene una dinámica y unas necesidades diferentes. [...] En este barrio, por ejemplo, nunca hemos tenido un plan comunitario, porque no nos lo merecemos. Y entonces, bueno, a raíz de la COVID, hemos montado una mesa social que ha servido para poner en relación, pues, centros de día, AFA, otras dinámicas que tenemos que conseguir que este «melting pot» cohesione, condense. Cada distrito, cada barrio tiene su dinámica, pero sí que es verdad que tenemos que conseguir reforzar lo comunitario. Somos más interdependientes entre nosotros, necesitamos crear estructuras más allá del ritmo de la Administración, que demuestra que siempre va a contrapié. ((Enric Capdevila – Plataforma de Gestión Ciudadana)

El sector hace tiempo que aborda la exploración a este respecto en torno a la articulación sociopolítica de la Red de Espacios Comunitarios, que tiene vocación catalana y agrupa más entidades que las estrictamente reconocidas como «gestoras cívicas» por parte del Ayuntamiento de Barcelona. La función que la Red de Espacios Comunitarios, ya desde antes de la pandemia, ha tenido en la definición de una herramienta útil para la medida del impacto sociocomunitario de los proyectos culturales es digna de estudio y atención.

El Balance Comunitario⁵, desarrollado por un grupo de trabajo entre 2017 y 2020 como una batería de indicadores siguiendo el modelo del Balance Social de la Red de Economía Solidaria, ha sido retomado en particular por el trabajo en red del sector una vez que se han reanudado las actividades presenciales después de la pandemia y podría tener un papel muy práctico en la consolidación de partenariados publicocomunitarios. Para entender la utilidad de esta herramienta de medida, es necesario entender también la historia de gobernanza entre la administración local

5. Se puede consultar la campaña para la aplicación del Balance Comunitario de la XES del 2022 en: <https://xes.cat/2022/05/17/arrenca-la-campanya-de-balanc-comunitari/>

barcelonesa y la anteriormente mencionada Plataforma de Gestión Ciudadana de Barcelona, una entidad de segundo grado que agrupa a las plataformas vecinales con vocación de autonomía organizativa e involucradas en la gestión comunitaria de recursos, servicios e infraestructuras públicas.

(...) y entonces creamos la Red de Espacios Comunitarios, y allí la centralidad de todo fue: necesitamos definir qué es el proyecto de gestión comunitaria basándonos en las prácticas que ya implementamos. Porque ahora el Ayuntamiento empieza a decir que quiere esto o lo otro, gestión comunitaria, esto o lo otro, y se está empezando a decir que si la cogestión, que si la gestión colaborativa..., y se está perdiendo la esencia de lo que nosotros entendemos que son las bases de la gestión autónoma, y basándonos en las prácticas definimos el balance comunitario. El balance comunitario es la fase final de indicadores que te permite poder autoevaluarte si tus prácticas tienen una calidad comunitaria. ¿No es cierto? Pero es que antes de hacer el balance hicimos una recopilación de prácticas comunitarias de nuestros proyectos. Y eso nos fue muy bien para poder hacer una conceptualización de lo que entendíamos por gestión comunitaria. Y, entonces, a través de la Plataforma de Gestión Ciudadana, elaboramos la conceptualización del convenio de gestión cívica, que era la parte normativa que nos amparaba, pero, por otra parte, a través de la Red de Espacios Comunitarios, creamos el relato del discurso de las prácticas de gestión comunitaria. (MS)

En este sentido podemos constatar, como señalan Fuente, Ojeda y Urbano (2015), que las experiencias de gestión comunitaria en torno a la cultura ofrecen un campo para la experimentación de espacios que supera el tándem instituciones/mercado. La comisión de comunicación de la Red de Espacios Comunitarios (2022) resalta que para entender económicamente los proyectos de gestión comunitaria hay que alejarse de un planteamiento asociado al beneficio privado. El intercambio económico no es el móvil de muchas de las acciones que se desarrollan en este tipo de espacios. Eso, sin embargo, no quiere decir que sean espacios libres de las dinámicas de precariedad propias del capitalismo social tan arraigadas en el seno de las industrias culturales. La manera como estos entornos se relacionan con estas dinámicas —el «cómo» las tienen en cuenta para contrarrestarlas—, los mecanismos que escogen para establecer criterios de selección de proveedores o para promover determinadas condiciones laborales, por ejemplo, es precisamente lo que los define.

Por otra parte, el trabajo militante, activista o voluntario que permite hacer funcionar espacios de gestión comunitaria de la cultura es con mucha frecuencia invisible y, por lo tanto, requiere esfuerzo para hacerlo emerger. Con la intención de dotarlo de sentido y poner de relieve su aportación, varias iniciativas que dependen directamente han dado mucha importancia al hecho de promover herramientas como el balance comunitario. La herramienta del balance comunitario desarrollado por la XEC se ha probado, a su vez, en torno al Programa de Patrimonio Ciudadano de Barcelona, coordinado por la cooperativa La Hidra. Laia Forné y Mauro Castro (2022) han investigado en torno a iniciativas, como en el caso de Can Batlló, las métricas de impacto con las que se puede valorar lo que aportan los acuerdos de gestión comunitaria en comparación con los partenariados entre administraciones públicas y empresas privadas. En este sentido, apuntan a la importancia de desarrollar las métricas que hacen resaltar el impacto social y comunitario como una estrategia de institucionalización clave para la defensa de los bienes comunes, especialmente en el ámbito cultural urbano.

Para la recuperación y conservación de los bienes comunales, además de la existencia de una normativa capaz de sostener la regulación en torno a la no apropiación privada de los bienes comunes, que es un punto sensible, hace falta también dar apoyo a esta normativa con mecanismos de medida de los impactos positivos y diferenciales de los acuerdos de gobernanza representados por los partenariados publicocomunitarios cooperativos. Eso es el que está en juego en la institucionalización de métricas que resalten aspectos como el valor de uso público que tienen estos entornos organizativos, y que separen la evaluación de la agencia gestora de la simple minimización de costes.

6. Hacia la construcción de ecosistemas locales para la democratización económica

El vínculo entre gestión comunitaria y democratización económica no sólo se resume en el hecho de que muchos espacios de gestión comunitaria de la cultura dan lugar y se basan en la articulación de economías comunitarias que obvian las formas de estímulo capitalista basadas en el lucro privado y procuran la defensa de los bienes comunes. El movimiento en torno a la economía solidaria y su vinculación en estas tramas comunitarias de cultura emancipadora lleva asociada la reflexión sobre la complementariedad entre iniciativas y la interseccionalidad entre luchas sociales. Como destaca Ivan Miró, los proyectos culturales de gestión comunitaria son iniciativas que conectan y reactivan otros modelos de hacer ciudad y articulan formas de democracia cooperativista, y también reinventan nuevas mutualidades comunitarias (Miró, 2018). La diversidad de usos y formas organizativas a las que pueden llegar a dar cabida este tipo de iniciativas es uno de sus rasgos característicos. Son espacios o proyectos de experiencias que propician la adaptación a cierta modularidad de aplicaciones y que se están acostumbrados a la transformación continua, la mirada holística y la coconstrucción asociativa. Reúnen agentes de cambio con múltiples áreas de actividad, cuyo trabajo conjunto redundando en el cultivo del empoderamiento popular, la autonomía crítica y la resiliencia comunitaria. Un trabajo en común que puede tomar diferentes formas y encajes organizativos.

En ese sentido, si hay una reivindicación de política pública común y transversal que ha tenido una mirada sintética compartida por los diferentes sectores culturales, y más allá de estos, es la reivindicación en favor de la renta básica universal e incondicional. Esta medida de política pública redistributiva que podría atravesar todas las áreas de actividad cultural, pero que, como decíamos, va mucho más allá de estas, emergió en forma de clamor por parte del sector cultural durante los momentos más crudos del confinamiento. Un ejemplo de ello es el manifiesto publicado en abril de 2020 y firmado por más de un centenar de entidades y personas trabajadoras en cultura a la web de Nativa. Desde la perspectiva de los trabajadores culturales – en un sentido mucho más amplio que el puramente vinculado al arte participativo o a la acción comunitaria–, una medida como la renta básica universal aborda problemas de fondo del sector cultural y artístico y se percibe como una auténtica política de fomento cultural.

Entre estos problemas hay que destacar el posicionamiento ambiguo y muy difícil, a menudo, de discernir entre la postura o posición del voluntario o el activista político, por un lado, y la posición del empresario o emprendedor social en el ámbito artístico o cultural, por el otro. Muchos grupos y personas vinculadas al ámbito de la gestión comunitaria de la cultura ven como problemático el hecho de que su propia sostenibilidad económica personal gire en torno al intercambio comercial asociado a la actividad cultural. El hecho de que muchas de las personas que trabajan en el ámbito de estos entornos de gestión comunitaria de la cultura a menudo se encuentran con diferentes sombreros que mezclan militancia y actividad profesional es, sin ningún tipo de duda, una de las fuentes de quebraderos de cabeza y malentendidos que una medida como la RBU podría ayudar a afrontar.

Nos hacen falta iniciativas que imaginen, expresen e impulsen horizontes que vayan más allá del sistema injusto e insostenible existente, como ya se expresaba y se volverá a manifestar desde tantos colectivos y lugares del planeta antes de la crisis de la COVID-19 y que, no obstante, en la desescalada, algunos parecen ver como si se pudiera restablecer. Manifiesto 2020 - Gente que trabaja en cultura por una renta básica universal e incondicional. [Nativa.cat](https://nativa.cat)

En un momento en que las emergencias se multiplican de manera acelerada resulta urgente valorar cómo la cultura comunitaria, los espacios, los proyectos y las personas que la facilitan, reaccionan a las condiciones de vulneración de derechos, de incremento de las desigualdades sociales y crisis poliédrica propias del capitalismo del desastre. En este artículo nos hemos propuesto resaltar que es necesario el acompañamiento y el estímulo de procesos culturales comunitarios porque, entre muchos otros aspectos, la resiliencia urbana y las iniciativas de economía democratizadora puedan crecer y enriquecerse mutuamente y servir de palanca para hacer frente a los retos sistémicos que tenemos por delante.

Eso creemos que pasa cada día más bien por la construcción de redes de apoyo mutuo y entornos educadores, así como por la autoorganización social ante los problemas, las incapacidades y las emergencias a que nos enfrentamos cada vez con más urgencia. Por otra parte, como hemos procurado mostrar, la pandemia ha tenido un impacto devastador en muchas de las programaciones de aprendizaje colectivo que se daban en entornos vinculados al arte participativo y la acción comunitaria.

La presencia en los entornos vecinales y el espacio público de procesos comunitarios creativos que sostengan y reproduzcan la vida de manera decidida, creemos que pide, aparte de equipamientos y recursos económicos, un fortalecimiento conceptual y una apuesta firme a nivel sociopolítico en favor de la acción comunitaria como una forma de política social preventiva absolutamente necesaria. Por ahora, en nuestra casa, la aproximación a la acción comunitaria es puramente paliativa en contextos de conflicto. En ese sentido, este artículo plantea el fomento de la autonomía de base y la creatividad colectiva como elementos básicos al servicio de la convivencia, la transformación social y la democracia económica. Una apuesta que tiene que pasar por un reconocimiento estable y continuado en forma de mejora de las condiciones laborales de los profesionales del sector de la acción y la mediación comunitaria que se encuentran en una situación de excepcionalidad permanente, afectados por procesos precarizadores de externalización de las políticas públicas y condiciones de existencia que no se corresponden con su papel esencial en el mantenimiento de la cohesión social urbana y el fomento de la transición ecosocial.

La manera como los poderes públicos reconocen los espacios y las experiencias de gestión comunitaria, mediante proyectos de proximidad, convenios de mantenimiento y consolidación o a través de la introducción de la dimensión comunitaria en acuerdos de gestión participada son temas clave sobre los cuales distintos actores del sector hace tiempo que reflexionan críticamente. Además de garantizar y ampliar la dotación de recursos económicos para estos espacios, creemos que hay que poner en valor cómo el trabajo en red de los actores existentes en el territorio en torno a estas experiencias favorece la conceptualización de una economía plural y transformadora que cuestiona la dicotomía entre lo público y lo privado, con la introducción de las dimensiones comunitaria y cooperativa en la consideración de los agentes socialmente transformadores. Los instrumentos de medida que el sector ha desarrollado para visibilizar su importancia, así como el balance comunitario o las medidas políticas que van a la raíz del problema, como es el caso de la renta básica universal, son herramientas que hay que considerar para encarar el futuro inmediato.

Bibliografía

AGÈNCIA CATALANA DE NOTÍCIES (ACN) (2020). "El Homrani diu que el nou pla estratègic de serveis socials serà "més preventiu i més comunitari" Social.cat. El diari digital de l'acció social de Catalunya <https://www.social.cat/noticia/13418/el-homrani-diu-que-el-nou-pla-estrategic-de-serveis-socials-sera-mes-preventiu-i-mes-comun>

BARBIERI, N. (2022). "Equitat i desigualtats en el dret a participar en la vida cultural de la ciutat: reptes públics i comunitaris" a Eizaguirre, S. i Rodrigo, J. (eds.), *Perquè tot és de tothom. Gestió comunitària de la cultura i economia solidària*. Barcelona: Editorial Icària. Xarxa d'Economia Solidària

FONT, J., OJEDA, H., URBANO, X. (2015). "La gestió comunitària dins l'economia social i solidària", *Nativa*. Música i cultura vistes des de Barcelona. <http://www.nativa.cat/2015/03/la-gestio-comunitaria-dins-leconomia-social-i-solidaria/>

FORNÉ, L.; CASTRO, M. (2022). “Noves mètriques i valors per a una institucionalitat públicocomunitària: Algunes propostes des de l'experiència del programa de Patrimoni ciutadà” a Eizaguirre, S. i Rodrigo, J. (eds.), *Perquè tot és de tothom. Gestió comunitària de la cultura i economia solidària*. Barcelona: Xarxa d'Economia Solidària, Editorial Icària.

GRUP DE TREBALL DESBORDES EN CULTURA (2017). *Desbordar Barcelona. Un relat alternatiu de la cultura a la ciutat*. Barcelona: Pol·len Edicions i La Ciutat Invisible.

HIDRA, LA I ARTIBARRI (2018). “Gestió comunitària de la cultura a Barcelona”. Barcelona: Institut de Cultura de Barcelona.

NOGALES MURIEL, R. (2022). “Consolidar la cultura comunitaria para una vida más digna y sostenible”. 14/03/2022. *El Salto Diario* <https://www.elsaltodiario.com/mecambio/consolidar-la-cultura-comunitaria-para-una-vida-mas-digna-y-sostenible>

MIRO, I. (2018). *Ciutats cooperatives. Esbossos d'una altra economia urbana*. Barcelona: Icària.

MURGA, LA. (2020). “Gent que treballa en cultura, per una renda bàsica universal i incondicional” 30/04/2020 *Nativa*, música i cultura vistes des de Barcelona. <https://nativa.cat/2020/04/gent-que-treballa-en-cultura-per-una-renda-basica-universal-i-incondicional/>

PLATAFORMA DE GESTIÓ CIUTADANA (2012). *Plataforma de Gestió Ciutadana*, <https://educaciotransformadora.files.wordpress.com/2012/01/presentacic3b3-pgc-1.pdf>

RED DE ESPACIOS Y AGENTES DE CULTURA COMUNITARIA (2022). “Manifiesto en defensa de la cultura comunitaria, sus gentes y sus espacios”, <https://reacc.org/manifiesto-en-defensa-de-la-cultura-comunitaria-sus-gentes-y-sus-espacios/>

VV.AA (2020). “En defensa -ara més que mai- de l'acció socioeducativa, sociocultural i comunitària”. Manifest #AccióComunitàriaAra. 19 juny 2020. Associació Catalana professionals Antropologia. Associació Catalana de professionals de les polítiques de Joventut. Associació de professionals de la Dinamització Social Digital. Coordinadora per l'Animació Sociocultural de Catalunya. Artibarri, Comunitats creatives per al Canvi Social. Professionals de la Gestió Cultural. Col·legi d'Educadores i Educadors Socials de Catalunya. Col·lectiu de Professionals del Treball Comunitari. https://ceesc.cat/documents/Comunicats/2020_07_09_AccioComunitaria.pdf

XARXA D'ESPACIS COMUNITARIS, CULTURA COOP (2022). “Aliances i transparència en l'economia i la gestió comunitària”. *La Directa*, 28/2/2022. <https://directa.cat/aliances-i-transparencia-en-leconomia-i-la-gestio-comunitaria/>